

2021

Alejandro Susti (Editor). *Abelardo Oquendo: La crítica literaria como creación*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2020

Alonso Rabí do Carmo

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

do Carmo, Alonso Rabí (April 2021) "Alejandro Susti (Editor). *Abelardo Oquendo: La crítica literaria como creación*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2020," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 93, Article 38.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss93/38>

This Reseña is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Alejandro Sustí (Editor). *Abelardo Oquendo: La crítica literaria como creación*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2020. 327 pp.

La desaparición de Abelardo Oquendo Cueto (1930-2018), miembro prominente de la llamada Generación del 50 (o “del 45” como prefería su coetáneo Sebastián Salazar Bondy) supone no solo el final de una vida física, sino la extinción de una especie rara de crítico literario que, lejos de conformarse egolátricamente con lo escrito y publicado se aventuró también, con éxito y generosidad, en el terreno de la gestión cultural y editorial.

Esta afirmación justifica sobradamente la aparición de *Abelardo Oquendo: La crítica literaria como creación*, volumen editado por Alejandro Sustí y que le rinde homenaje. Aunque la figura de Oquendo está sobre todo ligada al ejercicio de la crítica literaria, se trata en realidad de una personalidad mucho más versátil, pues muy rápidamente se puede comprobar que Oquendo compartió sus quehaceres de lector profesional y agudo con los de gestor, divulgador y editor.

El volumen está organizado en tres secciones. La primera reúne cuatro testimonios de primerísima mano y trazan el recuerdo de una personalidad y un temperamento singulares en el panorama de la cultura peruana. El primero de estos textos, escrito por Mario Vargas Llosa (“La muerte del Delfín”) es un retrato pensado desde la íntima amistad que los unió, algo que otorga a este texto un particular sentido revelador y confesional. Esto ocurre, por ejemplo, en un pasaje en el que Vargas Llosa relata lo sucedido al enterarse del grave estado de salud de Oquendo: “Lo llamé por teléfono y, por supuesto, hizo unas bromas al respecto, unas bromas muy serias, distanciadoras del drama, quitándole importancia, como correspondía a esa elegancia y distinción que Abelardo practicó en todas las circunstancias de la vida” (p.21).

El siguiente testimonio, a cargo de Mirko Lauer (su socio en la mítica editorial Mosca Azul), resulta esencial, pues hace justicia y destierra para siempre el mito de que Oquendo no escribía o en todo caso, de que carecía de obra. Dice Lauer: “su obra no es un lugar donde buscar homogeneidades. Pues detestaba la rutina intelectual y el sacerdocio literario (...) Por lo general sus textos definían nítidamente la situación frente a un libro, un autor o una corriente. Eran, en la medida en que existe tal cosa, una palabra decisiva” (p.23).

Cierran esta sección las intervenciones de Alonso Cueto y Peter Elmore, quienes desde su propia experiencia recuerdan la relación afectiva e intelectual que construyeron con Oquendo a lo largo de varios años, partiendo de su condición de discípulos e interlocutores. Cueto rememora: “Creo que pensaba que el humor era la mejor forma de la lectura y la crítica. Alguna vez me contó que había participado en una antología de los peores poemas peruanos. Cuando se había encontrado con uno de ellos, había dicho: ‘este ni como malo es bueno’” (p.28).

Por su parte, Elmore insiste también en recordar a Oquendo sobre todo como alguien que había desarrollado muy finamente las competencias de la lectura crítica. Así, anota: “La lectura era para Abelardo Oquendo una de las formas más plenas de la conversación: encuentro e intercambio que exige una disposición abierta a la palabra del otro, pero que además reclama en uno la voluntad de responder sin prejuicios ni falsa cortesía” (p.31).

La segunda parte constituye el corazón del volumen, pues allí se reúne, por primera vez, una selecta muestra de textos críticos escritos por Oquendo a lo largo de varias décadas y que se estructuran en torno a tres ejes temáticos: literatura peruana, literatura latinoamericana y española y una sección de “textos varios”, que incluye prólogos, conferencias y otros escritos de ocasión y donde destacan dos textos, uno dedicado al poeta español y premio Nobel Vicente Aleixandre y otro en el que examina al peruano José María Arguedas.

En la sección dedicada a la literatura peruana, Oquendo destaca sobre todo como un lector de sus contemporáneos, a quienes somete a juicio riguroso. Y es aquí donde empieza a tejerse el sentido del título de este libro-homenaje: donde cualquiera tendería a ver un ejercicio en el que el gusto podría tener un papel preponderante, Oquendo ve la oportunidad de sentar las bases de un estilo. La crítica en Oquendo no es solo la discreción o el despliegue de herramientas de lectura frente a un texto, es también placer, más concretamente el placer de transformar el análisis en palabras que se articulan de manera armoniosa y coherente en un discurso.

La actividad interpretativa ocupa un lugar central. Por ejemplo, en el primer texto de la sección, dedicado a *El avaro* de Luis Loayza, anota lo siguiente: “Un refinado escepticismo sustenta las soluciones negativas con que en *El avaro* parece afrontarse la realidad: se prefiere el deseo a

su satisfacción; la dilatada voluptuosidad de las posibilidades; al vano mundo externo se le confiere un valor derivado de los estímulos que ofrece a las vivencias interiores o a escogidos regalos sensoriales” (p.38). El crítico arriesga una lectura y la lleva a cabo con elocuencia, con un lenguaje cuidado, carente de ornamentos innecesarios.

Otro ejemplo de este afán de precisión y belleza lo encontramos también en un texto dedicado al poeta Javier Sologuren, donde se lee: “en el planteamiento mismo de su poética Sologuren no puede ser más extremado: prescinde de la realidad y al hacerlo se niega a sí mismo. La poesía no puede ser, entonces, sino una entrega total; únicamente en el poema el poeta podrá justificar su existencia, reducida a un ansia de identificación, de fusión, de disolución de la poesía” (p.64).

Pero también hay que señalar que la lectura de Oquendo está siempre guiada por una mirada que rechaza cualquier tipo de prejuicio, algo que queda patentemente demostrado cuando se acerca a *Pantaleón y las visitadoras* (1973), de Mario Vargas Llosa, que muchos vieron o condenaron a priori por ser un trabajo “menor” pero que Oquendo rescata en algunos de sus méritos mayores: la apelación al recurso humorístico, el collage textual y el dialogismo, por mencionar tres elementos presentes en la obra.

No se descarta tampoco el anecdótico como forma de acercamiento a la percepción del fenómeno creativo literario. De ahí que la crónica como gesto textual se emplee deliberadamente para relatar un episodio desopilante de nuestras letras: el asalto a la Asociación Nacional de Escritores y Artistas (Anea), que sirve de pretexto para calar en la influencia ejercida por el surrealismo entre algunos escritores peruanos de la década del 50.

En la subsección dedicada a la literatura latinoamericana y española, hay que destacar la destreza en la lectura de textos tanto clásicos (el brillante ensayo sobre Juan Manuel, el autor de *El conde Lucanor* sostiene esta afirmación) como contemporáneos en nuestro ámbito regional y para ello basta asomarse a la agudeza con que Oquendo desliza su atenta mirada sobre textos tan paradigmáticos como los cuentos reunidos en *Cantar de ciegos* (1964) de Carlos Fuentes o *Boquitas pintadas* (1969), del argentino Manuel Puig, donde discutirá además la noción de “literatura popular” partiendo de la idea de que la obra de Puig, de más de una manera, reactualiza / resignifica las dinámicas del folletín, al que tanto debe la novela como género.

Destaca también su mirada sobre una novela brevísima del cubano Alejo Carpentier, titulada *Concierto barroco* (1974), poco leída y estudiada a pesar de su importancia en el debate y la construcción, por esos años, de la siempre escurridiza identidad latinoamericana, poniendo en sutil juego de contraposiciones y tensiones los elementos europeos, indígenas y africanos cuya mixtura reclama para sí el personaje, una vez que cobra conciencia de las mistificaciones que sufre la idea de lo americano en los escenarios del Viejo Mundo.

A pesar de su activa labor como editor de libros y puntal de *Hueso Húmero*, legendaria revista fundada en 1979 y que resiste hasta hoy el paso del tiempo, Oquendo fue más bien parco en su relación con los medios de comunicación. Recordado columnista de dos de los diarios peruanos más importantes como *El Comercio* o *La República*, fueron escasas las entrevistas que concedió y este volumen las recoge puntualmente, dejando constancia de su voz. Un justo final, acompañado de un dossier fotográfico. Se puede afirmar, entonces, que este libro es efectivamente un homenaje a Abelardo Oquendo. Sin embargo, podemos añadir también que el libro en el que Oquendo recibe tributo pone en escena una famosa frase de George Steiner: “la crítica es una deuda de amor”.

Alonso Rabí do Carmo
Universidad de Lima